

Carlos Alberto Peláez Jaramillo.
Fotografía: José Luis Londoño López.

«Vidas para el conocimiento»

Carlos Alberto Peláez Jaramillo

Las personas son importantes, pero
son sus obras las que trascienden

Carmenza Uribe Bedoya

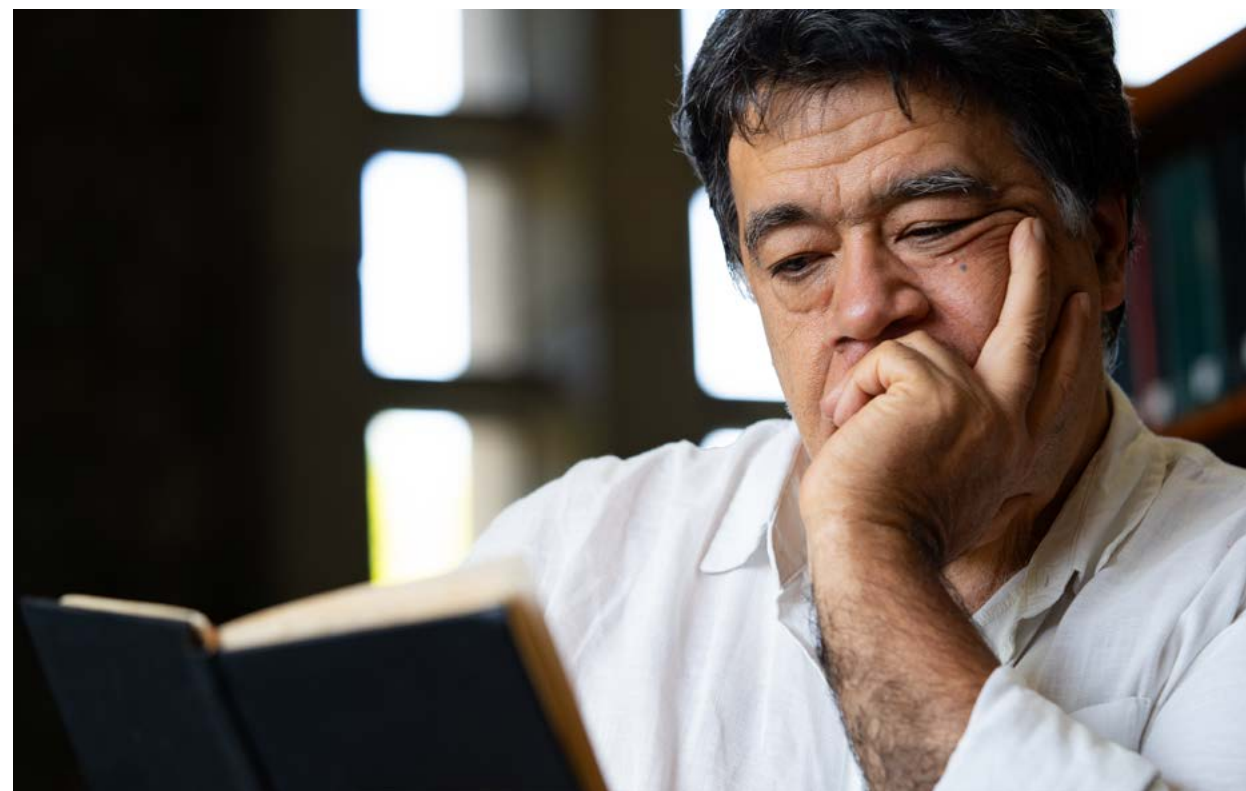
Química. Directora de la revista *Experimenta*
Profesora jubilada de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales
Universidad de Antioquia

E

n su libro *El infinito en un junco* la española Irene Vallejo recuerda un dicho común entre los habitantes del mundo antiguo: «Convencidos de que no se puede pensar bien sin hablar bien, los libros hacen los labios». Y es que definitivamente las relaciones humanas entre lectores ocurren en un nivel superior a lo cotidiano, puesto que todos los lectores llevan dentro una especie de biblioteca con lo que han leído y les ha dejado una huella. Por eso, el buen lector se conoce en sus conversaciones. Es lo que pasa con Carlos Peláez, una persona de la cual un desconocido difícilmente podría decir cuáles son sus títulos académicos o en qué disciplinas se ha especializado. Sus amigos más cercanos dicen que sabe de todo, que en cualquier conversación con él se aprende algo, virtud de quien tiene conocimientos sólidos, y que hace que todo parezca fácil, virtud del buen maestro. Carlos es biólogo —con énfasis en genética— de la Universidad de Antioquia, magíster en Química —con énfasis en química orgánica— de la Universidad de Antioquia, y doctor en Química del Instituto Químico de Sarriá (de Barcelona, España), con una tesis en química y bioquímica del compostaje. Esta pluralidad temática le ha permitido disponer de una óptica interdisciplinaria, lo cual ha sabido complementar con una sorprendente diversidad de libros leídos, no solo de los que apoyan sus conocimientos académicos, sino también de los que alimentan el espíritu y aportan a la visión del mundo. Todo esto ha sido una base sólida de la actividad que Carlos ha desarrollado en la Universidad de Antioquia durante más de tres décadas, tiempo en el cual ha sido estudiante, profesor, investigador y líder de un grupo de investigación. Pero estos son solo sus roles institucionales, pues además ha sido amigo, compañero, consejero, aliado, confidente y casi confesor de muchos de los que nos hemos cruzado en su camino. Esta es la historia de Carlos Alberto Peláez Jaramillo, el doctor Peláez, como le dicen sus compañeros, aunque a él no le guste; el profe Peláez, como le dicen cariñosamente sus alumnos; Carlos, como le dice la familia; o simplemente Peláez, como lo llaman sus amigos.

Un camino que empezó bien

Una historia de vida valiosa suele empezar en una buena familia, como en el caso de Carlos. Hijo de Rodrigo y Lolita, hermano de Gloria, Marta Cecilia y Juan Fernando, Carlos tuvo una infancia tranquila en el barrio Niza, en la casa de sus padres, y en el barrio San Benito, en la de sus abuelos. Dice que tuvo «calle» con los amigos, en la época en la cual la infancia transcurría al aire libre por fuera de las casas, jugando, montando en bicicleta y conversando. Las circunstancias familiares lo marcaron en la niñez, porque la mamá de Carlos, Lolita, perdió a su propia madre en el momento de nacer, lo cual hizo que algunos roles familiares cambiaran y que un tío materno, el sacerdote José María Restrepo, desempeñara un papel importante en la familia; en par-



No se puede pensar bien sin hablar bien. Los libros hacen los labios. Fotografía: José Luis Londoño López.

ticular para Carlos el padre Restrepo fue como un papá, un modelo a seguir, una verdadera influencia en su etapa de formación, ya que tenía una biblioteca inmensa y una buena colección de música clásica. Es por eso por lo que la vida de Carlos quedó marcada por la buena música y la lectura.

El recorrido sigue con un buen colegio: Carlos estudió la primaria y el bachillerato en el colegio San José de la Salle, ubicado en ese entonces en el barrio Boston; allí adquirió, además de buenos conocimientos, algunas de las habilidades que más tarde definirían su vida adulta: curiosidad, capacidad para la observación, motivación frente a la ciencia y mucha disciplina, características que también son las de un buen investigador. El colegio tiene un énfasis en ciencia, y allí es casi legendario el hermano lasallista Daniel, a quien todos los integrantes de la institución recuerdan por lo que hizo, puesto que, aunque las personas son muy importantes, son sus obras las que trascienden, y el hermano Daniel trascendió a través del museo, lugar en el que los estudiantes se iniciaban en la ciencia con clases prácticas de biología, química, zoología, botánica y geología. Esta profusa actividad alrededor de lo científico llevó a que, al terminar el bachillerato, Carlos tuviera claras dos cosas: que quería estudiar ciencia y que debía hacerlo en una universidad pública.

En el colegio adquirió, además de buenos conocimientos, algunas de las habilidades que más tarde definirían su vida adulta: curiosidad, capacidad para la observación, motivación hacia la ciencia y mucha disciplina, habilidades que también son las de un buen investigador

La Universidad de Antioquia: una explosión de situaciones

La elección de universidad fue relativamente fácil puesto que, de las dos universidades públicas de la ciudad, solo la Universidad de Antioquia tenía, en ese entonces, los cuatro programas de ciencia básica: matemáticas, física, química y biología. Carlos también le coqueteó a la filosofía, algo que no ha dejado de hacer, pero se decantó por una ciencia natural: la biología. Así llegó a la universidad, con su equipaje de motivación, disciplina y expectativa. Los primeros semestres allí fueron, como él mismo dice, una explosión de situaciones: el tránsito desde un ambiente relativamente protegido, homogéneo y sin mayores sorpresas, hacia todo un universo de posibilidades y de situaciones inéditas en su vida. La capacidad de adaptación sin dramatismos y sin agobios es una de las fortalezas de los espíritus maduros, y fue así como Carlos transitó por uno de los momentos cruciales de su vida, puesto que no se asustó ni se preocupó demasiado por los problemas de orden público ni por la falta de continuidad académica, situaciones frecuentes en la universidad pública de la época; aunque reconoce que de no haber sido porque desde temprano había empezado a trabajar en un laboratorio de investigación, tal vez habría cambiado de universidad en uno de esos recesos largos.

Del pregrado conserva los mejores recuerdos de grandes maestros que lo formaron no solo en lo académico, sino en lo personal: Margarita Zuleta, Gabriel Bedoya, Mauricio Camargo, María Luisa Bravo, Luis Fernando García, profesores de los cursos de genética, énfasis escogido por Carlos para terminar su pregrado. Pero su camino en la investigación había empezado desde que estaba en el tercer semestre, y todo ocurrió por un hecho fortuito. Mientras estudiaba para un examen de química orgánica, Carlos buscó a su profesor Luis Fernando Echeverri en el laboratorio para hacerle una consulta. Luis Fernando estaba un poco afanado por un experimento que debía hacer, y le pidió apoyo a Carlos; luego de responderle su consulta, le preguntó si quería volver al día siguiente, y fue así como Carlos resultó siendo parte del Grupo de Investigación en Química Orgánica de Productos Naturales, donde permaneció hasta que terminó la carrera de Biología. Esta fue una interesante opción de trabajo interdisciplinario que le dio a Carlos una visión más completa del ámbito científico en el que quiso moverse en la universidad. De hecho, en algún momento, evaluando su propia actividad como biólogo en un grupo de química, Carlos le preguntó al profesor Echeverri si consideraba oportuno que hiciera un cambio de carrera, y muy acertadamente Luis Fernando le respondió que no, que eran sus conocimientos en una disciplina diferente a la química los que le aportaban una visión de conjunto al grupo.

La investigación, una hoja de ruta

Sabemos que, para moverse en el mundo académico y científico, la adquisición de conocimientos va mucho más allá de las teorías y los datos experimentales, pues también se relaciona con la capacidad de asimilar y comprender los contextos sociales, naturales, económicos y políticos en los que se mueven las ideas científicas. La dedicación de Carlos a la lectura le ha dado una visión de conjunto que él ha usado con pertinencia para alimentar lo que hace en el campo de la investigación. Cuando le pregunté por los inicios de su afición a la lectura, me dijo que le había aprendido a su tío, el padre Restrepo; pero también me contó que, en la universidad, en los conocidos «huecos» entre las clases presenciales, esos espacios en los cuales los estudiantes se dedican a esperar, él solía irse a un corredor relativamente solitario del Bloque 10, y aprovechaba esos ratos para leer. Cuando lo conocí, en su primer año de la maestría, me llamó la atención que hablara con tanta soltura de filósofos y novelistas, y que usara como hoja de ruta para lo que quería hacer en investigación a Thomas Kuhn y su *Estructura de las revoluciones científicas*, una lectura verdaderamente insólita para el promedio de los estudiantes de su edad.



La biología y la química le han aportado a Carlos una óptica interdisciplinaria.
Fotografía: Alejandra Uribe Fernández, Dirección de Comunicaciones.

La claridad en los objetivos para su vida llevó a Carlos a proponerme que reuniera a un conjunto de personas para formar un grupo de investigación diferente a los que ya existían en el entonces Departamento de Química, propósito que no estuvo exento de dificultades; la primera era que no teníamos un espacio para la experimentación. Sin embargo, el apoyo de María Victoria Alzate, jefe del Departamento, permitió la asignación de un espacio amplio, con mesas de laboratorio, energía, agua, gas... y nada más. Pero la gestión oportuna, no solo en cuanto a los proyectos de in-

vestigación, sino también en el interior del Departamento, permitió ir consiguiendo un equipamiento y una financiación adecuados para la experimentación, y hoy, más de treinta años después de aquellos primeros proyectos presentados a UNIBAN, el Grupo Interdisciplinario de Estudios Moleculares —GIEM— sigue activo en el mismo laboratorio, aunque modernizado, en el que inició sus labores. Para la asignación del nombre del grupo hubo una interesante discusión en la que Carlos dejó claro que el carácter de «interdisciplinario» debía quedar explícito. El inicio de las labores del grupo coincidió con sus estudios de la maestría, programa en el que fui su profesora en varios de los cursos y su asesora de trabajo de investigación para optar al título. En este tiempo pude constatar que Carlos no era un estudiante como los demás; en realidad, su percepción del mundo de la ciencia era diferente a la del resto de los estudiantes, y su actuar frente a todo el mundo podría resumirse en una palabra: coherencia, esa escasa capacidad que tienen las personas de hacer lo que dicen, decir lo que piensan y mantener en armonía estas tres dimensiones, lo que se piensa, lo que se dice y lo que se hace.

En el GIEM Carlos ha sido un líder querido y respetado: un líder natural. En los inicios del grupo rápidamente comprendió que los productos naturales no son solo derivados de plantas, sino que hacen parte de la biomasa residual. Con base en una visita de investigadores catalanes al GIEM, en el marco del programa Intercampus con España, Carlos vio la posibilidad de desarrollar un doctorado en el Instituto de Química de Sarriá, y fue así como viajó a Barcelona a trabajar como estudiante de doctorado del químico Toni Planas, en el tema de la química y la bioquímica del proceso de compostaje. Su vinculación a la Universidad de Antioquia como profesor fue un proceso en el que intervino el decano del momento, el profesor Gustavo Quintero, quien confió en las capacidades de Carlos para ser docente. Posteriormente, y para complementar lo aprendido en el doctorado, realizó una pasantía posdoctoral en Bioquímica de Lípidos.

Hoy en día Carlos constata que el tema de su doctorado fortaleció las líneas de investigación del grupo, lo cual aclaró el camino para entender la importancia de hacer una ciencia pertinente, bajo la premisa de que es esta una de las maneras de fortalecer la actividad científica. Dice que trabajar en el compostaje es hacer ciencia básica, puesto que no hay nada más básico que ese proceso, inmerso en el origen mismo de la vida sobre la Tierra, y está satisfecho con lo que ha obtenido en estas tres décadas de trabajo en las cuales el grupo se ha convertido en un laboratorio de referencia. De esta temática también se ha derivado la realización de proyectos sobre la energía, que han demostrado la pertinencia del biogás para nuestro medio, tema en el cual Carlos se ha vuelto un experto.

Carlos visto por los demás

Con el transcurrir de los años, y cerca de la fecha de su retiro, Carlos da un valor especial a los investigadores asociados al grupo, profesionales que llevamos todo este tiempo de trabajo y que, como dice Carlos cariñosamente, «Hemos envejecido juntos», alimentando un saber acumulado que es el que permite seguir en actividad y corroborando el acierto de haber mantenido el carácter de interdisciplinario que ha distinguido al GIEM desde su creación. Sus compañeros de laboratorio y sus estudiantes solo tienen buenas palabras para referirse a Carlos. Valorán el ambiente agradable en el que se desarrollan las actividades del grupo, y la paciencia y la sensibilidad que muestra Carlos a cada uno de ellos en situaciones complejas de

tipo académico, laboral o personal. Su hermana Gloria dice que tiene dotes histriónicas que él mismo no reconoce, que hace buenos chistes y graciosas imitaciones, que es solidario, buen conversador y apasionado en las discusiones. También, que es radical en temas como el respeto por los demás, sensible frente a la situación histórica del país, y que cuando iba a ser padre, ella no pudo hacer más que dedicarle la sentida canción de Alberto Cortez: «Qué maravilla, Goyo». Sus amigos valoran que no es arrogante, que es honrado en la amistad tanto como en el trabajo y que, aunque no es la persona más afectuosa en sus expresiones, sí es absolutamente leal.

En la biblioteca de Carlos

Dicen los escritores que haber inventado los libros puede haber sido el mayor triunfo en nuestra tenaz lucha contra la destrucción, y Carlos es, sobre muchas otras cosas, un enamorado de la lectura. Los libros han formado no solo su carácter, sino su particular visión del mundo, lo que le ha permitido mantener la coherencia en su vida y transitar por los caminos de la ciencia siempre con una mirada atenta. Él mismo clasifica sus lecturas entre literarias y acadé-



Carlos, un enamorado de la lectura. Fotografía: José Luiz Londoño López.

micas. De las primeras, quienes lo conocemos sabemos que una de sus obras favoritas es *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco. Tanto es así que ha usado la película de Jean Jacques Annaud adaptada a partir del libro como motivo de discusión en el curso de Metodología de la Investigación para estudiantes de Química, para ilustrar las intrincadas relaciones entre ciencia, arte y religión en el período oscuro de la Edad Media, que termina con la explosión luminosa del Renacimiento dando paso a la llamada ciencia moderna; una buena excusa para hablar del origen y la historia de un saber incipiente y de cómo se fueron diferenciando estos pilares de la cultura moderna: desde la magia tribal, dando paso a que el método científico dejara de ser un simple derrotero o una guía para los científicos. De Eco no

solo disfruta toda su literatura, sino también sus ensayos sobre semiótica y filosofía.

Un aspecto llamativo de los gustos literarios de Carlos se deriva del hecho de que su profesor del colegio lo animara a que perdiera el temor a leer a los clásicos. Fue así como abordó a Shakespeare, gracias, además, a que su padre le regaló una hermosa enciclopedia

con los clásicos, con lo que tuvo la oportunidad de sentarse durante largas horas en la biblioteca familiar a imaginar entornos de tiempos y espacios muy lejanos con respecto a nuestro exuberante trópico. De Shakespeare recuerda especialmente las obras *Ricardo III* y *El mercader de Venecia*, profundos tratados para meditar sobre lo humano. Además, están Borges con su «Funes el memorioso», un cuento del que aprende algo cada vez que lo relee, y el cuento «Tramontana» de García Márquez, un poderoso relato de suspenso.

De las lecturas académicas, las que tienen como centro de interés la ciencia, la filosofía y la divulgación, además de la obra mencionada de Thomas Kuhn, Carlos destaca *El azar y la necesidad*, de Jacques Monod, y *No está en los genes*, de R. C. Lewontin, S. Rose y L. Kamin. Sin embargo, resalta el hecho de que los profesionales formados en ciencia en nuestro medio no tienen una estructura formal de aprendizaje en estas lides de la historia y la filosofía de la ciencia, y por ello leen sobre estos temas más por intuición que por método. Una consecuencia de lo anterior es que estos profesionales no tienen claro el papel real de la ciencia en la sociedad y transitan por la vida con la ingenuidad de quien cree que la ciencia es neutral, o sea, dedicada exclusivamente a la producción del conocimiento.



Haciendo ciencia básica con insumos que están inmersos en el origen mismo de la tierra. Fotografía: Alejandra Uribe Fernández, Dirección de Comunicaciones.

La obra de Carlos

Tal como en la paradoja griega del barco de Teseo, de tiempo en tiempo, sale alguien del GIEM y entra alguien nuevo. Cuando Carlos ya no esté en el grupo, no quedará ninguna de las personas que lo iniciamos hace más de treinta años. La pregunta es: ¿seguirá siendo el GIEM? Y yo diría que sí. Los objetivos particulares de los proyectos y de las líneas de investigación habrán cambiado, pero el espíritu con el que se creó el grupo se conserva, las palabras de Carlos siguen transmitiéndose a los integrantes nuevos y todos los que llegan hacen el esfuerzo de conservar la esencia interdisciplinaria del grupo, además de las buenas relaciones y el trabajo juicioso y dedicado. Es lo que ha construido Carlos Peláez y es el ejemplo



En la construcción de la esencia interdisciplinaria del grupo. Fotografía: Alejandra Uribe Fernández, Dirección de Comunicaciones.

que deja a sus compañeros investigadores y estudiantes del grupo, quienes lo han escuchado hablar por mucho tiempo sobre la responsabilidad que tiene el científico frente a la sociedad y sobre el hecho de que hacer ciencia en un país como el nuestro no es fácil, pero tampoco es imposible. Carlos piensa que el buen profesional debe estar atento a las señales, no solo las que observa en los equipos y los experimentos de laboratorio, sino, sobre todo, las que se presentan a diario en el entorno, y que la incomodidad frente a lo que se ve no es sino la puerta de entrada a la acción. Sabemos que hay mucha más pedagogía en la inquietud que en el alivio, y por eso es que una buena manera de terminar este relato es con las palabras de Serrat, uno de los ídolos musicales de Carlos, quien tenía toda la razón cuando decía:

- Seria fantàstic [...]*
- Que s'instal·lés al barri el paradís terrenal.*
- Que la ciència fos neutral.*
- Sería fantástico [...]
- Que se instalara en el barrio el paraíso terrenal.
- Que la ciencia fuera neutral. **x**